

Para una agenda del Concilio Una Iglesia de todos, es decir, de hermanos y hermanas

PEDRO TRIGO

Es bastante probable que el proyecto Concilio Plenario se limite a una inocua exhortación cuaresmal. Así sucederá si por desconocimiento de su verdadera naturaleza y falta de coraje se ladea el tratamiento y la discusión a fondo de problemas estructurales, y todo se reduce a insistir que se lleve a la práctica lo que ya está pautado en el papel. Esto sería una tragedia para la Iglesia venezolana. Como nosotros no queremos hacernos responsables de ella, insistimos en remover las aguas. En este artículo planteamos uno de esos problemas en los que está en juego el ser mismo de nuestra Iglesia.

NUESTRO PUEBLO NO SE SIENTE IGLESIA, PORQUE LA IGLESIA SON LOS CURAS Y LAS MONJAS

En sendos informes de la Conferencia Episcopal sobre la situación de la Iglesia venezolana enviados a Roma los años 1977 y 1984 se repite casi textualmente una observación reveladora: "Nuestro pueblo no rechaza la Iglesia, la quiere, pero 'no se siente' Iglesia". La observación admite una doble interpretación: el pueblo tiene tan poca ilustración religiosa y conciencia eclesial que no sabe que es Iglesia, porque obviamente lo es, como lo afirma enfáticamente el capítulo segundo de la constitución conciliar sobre la Iglesia, que asienta que la Iglesia es todo el pueblo de Dios. Según esta interpretación, todos los bautizados somos Iglesia, aunque algunos no se han hecho cargo todavía de esa realidad por falta de información. Pero la frase admite una segunda interpretación: el pueblo cristiano no se siente Iglesia porque la institución eclesiástica (curas y monjas) tiene acaparadas todas las funciones y ministerios y no da lugar a nadie más ni reconoce los carismas de los que no pertenecen a ella o no están asimilados



PIDO LA PALABRA

Supongamos una prédica conciliar. Ese día, en la misa del domingo, el padre, en vez de explicar el Evangelio, se había referido a la doctrina conciliar sobre la Iglesia. Había comenzado asentando: Todos somos Iglesia. Uno de los asistentes levantó la mano para pedir la palabra. Nunca antes había sucedido, pero el padre se la concedió: Si todos somos Iglesia, dijo el feligrés ¿por qué todos le miramos a usted?, ¿no sería más adecuado que hiciéramos un círculo? El padre, sorprendido, se refirió a la función central del altar y a la conveniencia de evitar distracciones. Entonces, otro levantó la mano: Si todos somos Iglesia ¿por qué habla usted solo?, ¿no tendríamos que llevar la misa entre todos? El padre respondió que eso sería un alboroto, una confusión; que él había estudiado teología y preparaba cada homilía. Iba a reanudarla, cuando otra mano esperaba su turno. Él se lo concedió, un tanto contrariado: Si todos somos Iglesia, ¿por qué no hacemos entre todos el plan pastoral? Lo que nos incumbe a todos parece que debería ser concebido, aprobado y gerenciado por todos. El padre arguyó que a mitad de año todavía estarían discutiendo. ¿Cómo ponerse de acuerdo entre tantos y tan desiguales en capacidad y cultura? Todavía estaba hablando, y ya se agitaba otra mano: Si todos somos Iglesia, ¿por qué lleva usted las cuentas y dispone discrecionalmente del dinero que aportamos? El padre dijo, ofendido, que si desconfiaban de él, dio por concluida la homilía y comenzó el Credo.

a ella (el laico promovido, que en la práctica equivale a clericalizado).

Si se niegan sistemáticamente las posibles concreciones de una declaración genérica, ¿no sería vacía esa declaración? En nuestro caso, ¿no da lo mismo decir que todos somos Iglesia que decir que sólo lo son los miembros de la institución eclesiástica? Si se dice esto segundo, se sincera la situación. Si se dice lo primero, se encubre y puede seguir actuando sin control.

Así, pues, el que la Iglesia sea el pueblo de Dios y que por tanto todos los bautizados seamos Iglesia expresa la primigenia voluntad de Jesús y la dirección en la que lleva su Espíritu; expresa, pues, una exigencia para toda Iglesia que quiera llamarse de Jesucristo, y expresa finalmente una realidad que de algún modo nunca dejará de existir en la Iglesia universal, pero que puede no existir en una Iglesia particular o existir en una época bastante tangencialmente a la propia institución, aunque nunca de un modo absolutamente externa a ella, por lo que se refiere a la Iglesia en su conjunto.

Viniendo a nuestra Iglesia venezolana, no hacemos injusticia afirmando con los obispos que el pueblo no se siente Iglesia porque en su funcionamiento concreto la institución eclesiástica se tiene a sí misma como la Iglesia de su circunscripción. Viniendo a lo más cercano para la gente, es cierto que en una parroquia el párroco se asume como el que manda, y así, al llegar a ella, cambia las cosas o las mantiene a su real querer y entender, toma las decisiones que considera oportunas y en definitiva él es el que tiene voz y voto en cada uno de los asuntos. Los grupos y personas que se mueven en el templo o en las dependencias parroquiales lo hacen por comisión o permisión suya, y podemos estar ciertos de que, si delega algunas funciones en algún sujeto, es porque le merece su confianza porque piensa y siente como él y por eso puede hacer

sus veces como delegado suyo. Un párroco así podrá tener a la gente más o menos contenta según su índole, su grado de iniciativa y la confianza que otorgue. Pero, en definitiva, es claro que él tiene la última palabra, la palabra decisiva. Así, pues, en el funcionamiento concreto, se da el hecho de que una persona goza de todos los derechos, atribuciones y prerrogativas, mientras que todas las demás o carecen de toda función o tienen las que el párroco les concede supererogatoriamente. Gracias a Dios, no todo es así, y, aunque minoritarias, se encuentran parroquias más participativas. Pero, como éstas lo son a causa de la índole del párroco y no porque así es el sistema al que el párroco, le guste o no, tiene que adaptarse, al cambiar el párroco, cosa que sucede con cierta frecuencia, lo más probable es que el que venga tome las riendas en su mano y ponga las cosas en "su lugar".

Hoy el cura y más aún el obispo están solos. Pero, si ser cristiano es ser hermano, ¿cómo se irá haciendo cristiano desde la soledad del poder? Los agentes pastorales, como todos los demás, necesitamos de los demás porque siempre somos pacientes pastorales antes que agentes; más aún, porque sólo en la medida en que seamos pacientes podremos ser agentes pastorales. Sólo desde este reconocimiento se abre la comunión y la corresponsabilidad.

NUESTRA IGLESIA ES UNA INSTITUCIÓN: FUNCIONARIOS Y USUARIOS

¿Por qué esta asimetría tan radical no es considerada como algo anómalo, como una radical deformación? Porque los cristianos se presentan distribuidos en dos grupos cualitativamente distintos: los productores y los consumidores de servicios religiosos u otros conectados con el Evangelio. Si un grupo piensa que el otro incumple sus funciones, se resentirá y murmurará, pero nunca se le ocurrirá sustituirlo. Así, el sacerdote se quejará de que los feligreses quieren recibir los sacramentos sin preparación, sin acudir a las charlas y cumplir los requisitos, les reprobará que están pasivos en los actos de culto o que responden poco a sus requerimientos. Por su parte, los fieles murmurarán que el cura es pesetero o que los trata sin consideración o que prepara poco las ceremonias y las hace descuidadamente. Pero el presupuesto de estos señalamientos es que cada uno de los grupos tiene responsabilidades bien delimitadas y reconocidas por los demás. Los sacerdotes y las religiosas son los administradores prácticamente plenipotenciarios de los centros de servicios (religiosos, asistenciales, promocionales) que detenta la Iglesia. Para decirlo gráficamente, ellos regentan según el caso un gran supermercado o un abastico en el que se expenden los bienes y servicios que posee la Iglesia. Ellos están en la parte de dentro del mostrador; en tanto los fieles vienen a requerir lo que ellos expenden, y por eso se mantienen del lado de fuera, en la parte, como se dice, del público.

Desde esta distribución de funciones, resulta claro por qué unos se consideran simplemente cristianos, en tanto otros pasan a ser los representantes de la Iglesia; y la Iglesia se equipara a la institución que conforman los eclesiásticos. Si la Igle-

sia es la institución, ella no es responsable ante los simples cristianos. No es responsable en cuanto que no existen cauces a través de los cuales el representante deba dar cuentas a los fieles. No les debe dar cuentas porque no los representa a ellos; representa a la propia institución. Así, pues, en este esquema, los feligreses pueden sentirse más o menos motivados por la actuación del párroco; pueden, si no están contentos, acudir a otra parroquia o incluso dejar de ir a la iglesia. Pero no pueden pedirle cuentas, porque ellos no están adentro de la institución, son meramente los usuarios.

Mientras la Iglesia se equipare a una institución, mientras ésa sea la idea que se forma la gente porque ésa es la figura concreta que presenta nuestra Iglesia, la Iglesia seguirán siendo los curas, las monjas y los laicos clericalizados, es decir los funcionarios de la institución.

El problema no se resuelve vendiendo otra imagen distinta. No es un problema de marketing. Tampoco se soluciona mediante una reconversión institucional. Es que el problema no es propiamente organizativo; aunque tenga repercusiones en la identificación de funciones y en su distribución. El problema está en que se separan realmente la Iglesia y los cristianos, y la primera se identifica con la jerarquía y los religiosos(as), y deja por tanto fuera a los laicos, que en este caso serían los simples fieles, es decir, los que carecen de atribuciones en la Iglesia, y en ese sentido no pertenecen a ella.

Los sacerdotes y las religiosas son los administradores de los centros de servicios que detenta la Iglesia. Ellos están en la parte de dentro del mostrador; en tanto los fieles se mantienen del lado de fuera, en la parte, como se dice, del público.

LA IGLESIA COMO COMUNIÓN: FILIACIÓN Y PATERNIDAD

El fondo del problema es que, en la configuración de la Iglesia venezolana actual, la comunión, que es el elemento constituyente de la Iglesia, ocupa un lugar residual. Al faltar este núcleo aglutinador, las funciones, que en una recta ordenación eclesial están al servicio de la comunión, dejan de ser relaciones interpersonales y se burocratizan. Y, sin embargo, no es concebible un cristianismo individualista, ni por consiguiente una Iglesia de dadores y receptores de servicios. El cristianismo es una convocación de Dios y una congregación de quienes responden con fe a ese llamado. La Iglesia es el sacramento de la comunión de la comunidad divina con la comunidad humana a través del Espíritu que nos alcanzó y envió Jesús en la Pascua. Esta Iglesia es sacramento cuando entre los cristianos nos llevamos mutuamente, nos ayudamos unos a otros, nos edificamos recíprocamente. Si esto no existe, no existe Iglesia ni cristianismo.

Dicho de otra manera, lo esencial en la Iglesia es no lo transitorio sino lo definitivo. Lo definitivo es lo que el evangelio de Juan llama vida eterna. Si hoy no vivimos esta vida eterna, no la viviremos después de la muerte. Por eso, lo que hay que buscar por sí mismo es la vida eterna; lo otro sólo tiene cabida en tanto la fomente. La vida eterna es la relación de hijos en el Hijo único y de hermanos en el Hermano universal. No pertenecen obviamente a la vida eterna el templo ni los sacramentos ni los distintos oficios. Así, pues, lo medular en la Iglesia es esta comunión filial con Dios y fraterna con las hermanas y hermanos. Éstos no son sólo, claro está, los cristianos, pero sí lo son insoslayablemente. Por eso, la fraternidad cristiana es sacramento de la

comunión universal. Y, por eso, debe rechazar cualquier discriminación dentro de la Iglesia y ser abierta y no sectaria. Pero tiene que existir. Si no, insistimos, la Iglesia es insignificante, y una Iglesia que no significa esta comunión no es sacramento de ella, está vacía, es una mentira viviente.

En esta relación mutua y horizontal, una relación entre iguales, fraterna, cada quien está ante todo como cristiano, como ese cristiano particular que es. Ese cristiano es insoslayablemente también un individuo. Es cada uno quien tiene que convertirse de su egoísmo y sus debilidades e idolatrías y apoyarse progresivamente en Dios y seguir a Jesús y obedecer al Espíritu. De ahí, la insustituible soledad ante Dios y ante uno mismo, de la que brota la autenticidad. Por eso, la comunidad, si es expresión de comunión, nunca es totalitaria sino que busca que cada quien dé de sí y llegue a su plenitud, y reivindica siempre la libertad de los hijos de Dios. Pero no es menos verdad que la autenticidad desemboca en la fraternidad de los discípulos. Esta es la relación que debe fomentarse ante todo en la Iglesia. En cuanto se vaya dando, es natural que todos nos vayamos sintiendo Iglesia.

EJERCIDOS DESDE LA COMUNIDAD, LOS OFICIOS CUALIFICAN LA COMUNIÓN

Desde esta relación, aparecerá claro que el más importante en una Iglesia es el que más contribuya a su edificación, el que más colabore para que cunda la filiación y la fraternidad. Aquí tienen lugar los dones que Dios ha dado a cada quien para la construcción de ese cuerpo social que es la Iglesia. Es normal que la comunidad los aprecie y fomente. Desde aquí aparece también claro que los oficios en la Iglesia están totalmente enderezados a que

florezca esta comunión y se expanda por el medio humano en el que vive esa Iglesia. Si, para los que lo realizan, lo fundamental es esa comunión en la que consisten como cristianos, es claro que los realizarán desde dentro de la comunidad de la que se sienten parte, desde el respeto que les merecen sus hermanos que les ayudan a ellos en su camino cristiano. En esa situación básica está fuera de lugar cualquier actitud de dominio. Por el contrario, se esmerarán en el servicio, darán lo máximo de sí y todo irá impregnado en un clima participativo.

Si caminamos en esta dirección, todos nos sentiremos Iglesia. Y la Iglesia no será ni una institución burocratizada separada de los cristianos ni una comunidad indiferenciada. Será un cuerpo altamente personalizado y mutuamente referido y, por eso, internamente diferenciado y articulado. El llevarnos mutuamente como cristianos y los distintos servicios son directamente proporcionales. Los servicios se cualifican en la edificación de la comunidad, y a su vez la comunión viva estimula el crecimiento de los servidores. Una consecuencia de este modelo de comunión es que propicia que surjan muchos tipos de servicio, que no están en competencia sino que se complementan y contribuyen a que cada uno ejerza el suyo con mayor responsabilidad. En una Iglesia de todos los cristianos no sobran los curas y las monjas. La experiencia latinoamericana actual prueba que es en ella donde el ministerio jerárquico llega a su madurez cristiana y alcanza el máximo de fecundidad histórica. No faltan tampoco ejemplos en nuestra Iglesia venezolana. Pero el Concilio Plenario Venezolano nos brinda una oportunidad histórica para acabar con la actual identificación anticristiana entre Iglesia y curas y monjas, y configurarnos como una Iglesia de todos, es decir de hermanos y hermanas.

EL SECRETO PARA ENTRAR POR ESTE CAMINO

Si aceptamos este horizonte, la pregunta clave es qué haremos para caminar hacia él. Resultan tan contundentes los obstáculos que interpone la configuración actual que, sólo si reconocemos la íntima necesidad que tenemos de sobrepasarla, estaremos dispuestos a pagar el precio necesario. Es claro que ésa es la Iglesia en las fuentes cristianas y que tanto el concilio Vaticano II como la III Asamblea General del Episcopado Latinoamericano reunida en Puebla nos instan con vehemencia a configurarnos como Iglesia en torno a la comunión y la participación. Nosotros pensamos que el secreto para entrar decididamente por este camino está en que los agentes pastorales nos reconozcamos ante todo como pacientes pastorales.

El correlato del cura (y más aún del obispo) postridentino es una sociedad patriarcal en la que el que desempeñaba este oficio se sentía imbuido de una gravedad y autoridad que lo separaban de los demás y lo convertían en un ser para ellos desde la soledad de esa altura inmarcesible. Hoy un cura y un obispo se saben gente como los demás: ni quieren ni pueden investir esa pose solemne que no les va, ni creen que Dios les pide que sean para sus cristianos ese padre venerable. Se ven como el hermano mayor (no en edad sino en responsabilidad). Sin embargo, la identificación de Iglesia e institución eclesial les convierte en entes oficiales, separados de los demás; es decir, les impide participar de ese sacerdocio de Jesús que según la carta a los Hebreos se realiza mediante la encarnación kenótica: metiéndose en el pellejo de sus hermanos y colocándose abajo.

Hoy el cura y más aún el obispo están solos. No esa soledad, requisito imprescindible de la autenticidad, sino la soledad del que busca ser

para los demás sin estar con ellos, la soledad del prohombre, del altruista, del que, al ponerse fuera y arriba, rehusa ser hermano. Es muy difícil que una persona sola no se deshumanice ni quede finalmente a merced de su pasión dominante (aunque sea sublimada). Pero, si ser cristiano es ser hermano, ¿cómo se irá haciendo cristiano desde la soledad del poder? Los agentes pastorales, como todos los demás, necesitamos de los demás porque siempre somos pacientes pastorales antes que agentes; más aún, porque sólo en la medida en que seamos pacientes podremos ser agentes pastorales. Sólo desde este reconocimiento se abre la comunión y la corresponsabilidad.

Desde el lado de los fieles, se trata de pasar, correspondientemente, de requerir determinados servicios a asumir responsabilidades; de tener relaciones puntuales con el agente pastoral a invertir la condición permanente de discípulo y por tanto de condiscípulo.

Creemos que no son excepciones los agentes pastorales y los laicos que ven este horizonte como deseable, incluso como indispensable para mantener una fidelidad dinámica, y que estarían muy dispuestos a entrar por ese camino. Más aún, este camino ya está abierto, aunque muy minoritariamente, en nuestra Iglesia, sobre todo (el hecho no deja de ser significativo) en los medios populares. Al Concilio toca pergeñarlo y animar a entrar por él.

PEDRO TRIGO

Jesuita, doctor en Teología,
miembro del Centro Gumilla.